



A N T E E L H E C H O

Hay argumentos para todo, suele decir Perogullo. Y así es, en efecto. Mas para lo que no hay razones es para defender las consecuencias visibles de los que —por lo visto— eran malos argumentos. Y esto también es así. El árbol se juzga por sus frutos.

Declarada la guerra; decidido este acto fundamental —el acto, por definición, soberano— por los hombres que desde el 4 de Junio de 1943 y desde la legalidad siempre problemática de un golpe de estado, son depositarios del poder público, huelgan, como es obvio, las referencias acerca del acierto o desacuerdo de tal medida. Sobre este punto, pues, nosotros también pondremos punto. Punto final.

Pero lo que ya no depende de nosotros silenciar —porque hacerlo, sería cerrar los ojos a la evidencia— es el estado de honda congoja con que la reciente medida del gobierno ha sido recibida por todos los argentinos, sin distinción de sectores. Es asunto éste que sobrepasa todo interés de grupo o de posición ideológica. Al comentarlo hoy, por lo tanto, no pretendemos con ello acarrear agua a nuestro molino. De nada nos valdría, en efecto, invocar ahora unas ideas —y una conducta aneja a esas ideas—, que desde los famosos acuerdos de Río de Janeiro hemos propiciado y mantenido sin descanso, si nuestra prédica y nuestra actitud, no hubiesen estado afirmadas en la voluntad unánime del país. En política, es sabido, no basta tener razón; es preciso, además, que esa razón sea viva y existente; que nueva las decisiones y la voluntad; que se extienda a todo el cuerpo nacional, y que al extenderse, pese.

Y bien, la política de neutralidad cumplió con esas exigencias de las buenas verdades

políticas. Si algún título legítimo tuvo el gobierno de Castillo, fué precisamente el que emanaba de su acertada política exterior. Más allá de las disputas electorales —de si tal comicio fué o no correcto, de si hubo o no fraude— y de la cuenta chica de los desórdenes administrativos, el país se sentía cabalmente expresado, porque se sabía bien conducido en sus asuntos internacionales. "El punto de partida de la política exterior de un país, decía Ganivet, es la política nacional puesto que de ésta depende el rumbo que ha de imprimirse a aquélla; y asimismo el punto de partida de la política interior es la idea que se tiene del papel que la nación ha de representar en la política extranjera". Anverso y reverso, cara y cruz de una misma realidad suprema: la patria, tales han de ser la política interna y la exterior de cada país.

Entre nosotros, hasta el advenimiento del 4 de Junio de 1943, el gobierno supo mantener esa venturosa unidad entrambas políticas. Y si los argentinos recibieron a la Revolución de Junio con muestras inequívocas de simpatía, ello se debió a que nadie pudo imaginar siquiera que la revolución viniese a torcer el rumbo internacional con tantos sacrificios impreso hasta ese momento por el Dr. Castillo. Más bien, y a título de argumento primero y provisorio, llegó a pensarse que como esa política —según todo parecía indicarlo— iba a ser variada y alterada por el suceso inminente del Dr. Castillo, el ejército —al que no podía concebirse sino al servicio del más sagrado interés de la nación— en vista de ese peligro y con el fin de neutralizarlo, había resuelto, mediante el

golpe de estado, cortar por lo sano. Nadie pudo sospechar, repetimos, que la Revolución de Junio, viniese a epilogar en el abandono de la política de neutralidad.

La reciente medida del gobierno ha sido, pues, recibida con no disimulado estupor. Al comprobarlo no pecamos de indiscretos. El mismo señor Ortiz Echagüe lo ha consignado en su crónica del día siguiente de la declaración de guerra. Y de este modo, por una anomalía extraña, que no acertamos a explicarnos, los hombres de la Revolución de Junio, buscadores infatigables de popularidad, han dado cumplimiento al acto más impopular que era dable ejecutar aquí.

Pero estas consideraciones que hablan de oportunidad y de política son apenas someras. Lo decisivo, lo en verdad irreparable, ha tenido lugar como siempre en el dominio de las cosas invisibles, en el dominio de lo espiritual. Lo que la Argentina pierde; en qué medida la Argentina pierde con la declaración de guerra; lo que ha perdido real y entrañablemente, es cosa que sólo muy pocos argentinos están en condiciones de advertir. Sólo los ya advertidos, sólo los que antes de la declaración de guerra tuvieron la lucidez y el coraje de oponerse a ella, están en condiciones de medir —de medir padeciéndolas— las consecuencias que de ese acto se seguirán irreparablemente. Nada menos que la ocasión sin par de que la Argentina se afirmase en su ser nacional, para desde allí —desde la unidad— salir al encuentro y a la consideración de los grandes temas de las horas y del mundo, tarea luminosa que ya estaba a la vista de las nuevas generaciones, se ha malogrado, no cabe duda, con la reciente medida del gobierno militar.

NUESTRO TIEMPO.

MATEO LIBERATORE: Condición de la Iglesia respecto del Estado. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos para una novela policial. — FRANCISCO SALVADOR FORNIELES: Viñetas.

NUESTRO TIEMPO: Ante el hecho. — Esta Semana Santa. — HECTOR MANDRIONI: Donde retorna el camino. — SANTIAGO DE ESTRADA: San León, el grande. — LEONARDO CASTELLANI, S. L.: Sobrinos y Teología. — MENTOR: Lecturas y relecturas.

LLEGANDO DONDE RETORNA EL CAMINO

"...y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprala".
San Lucas

En los comienzos de las nuevas etapas, es tarea primordial, no desconocer el sentido que asumen las nuevas fuerzas creadoras. La necesidad de este conocimiento hace crisis allí donde el obrar o el dejar de obrar, repercute de una manera eficiente en la orientación de los acontecimientos. La ausencia o presencia del mismo significa el desastre o la victoria del futuro.

Los grandes fracasos viven, debido a una falta de visión en los que decidieron o deberían haber decidido.

Hoy, a pesar de que la historia se viene desarrollando, en base casi exclusiva de causas materiales, no por eso la visión y la decisión han perdido su vigencia. Por el contrario, es el momento cuando ellas alcanzan, si quieren ser efectiva, sus grados más elevados de claridad y prudencia.

La conciencia colectiva de la marcha hacia un fin, que sea solución definitiva, no ya de un sector, sino de toda la humanidad, es una fuerza que mueve hoy a la mayoría de los hombres. Qué terrible se torna entonces, la tarea de aquellos, cuya función es decidir! (1).

Los hechos y los signos del tiempo, nos están diciendo que marchamos hacia un gran desenlace, y un desenlace que será la decisión fundamental en la estructura del mundo; también nos parecen decir, que detrás de esta marejada cósmica desatada por el hombre en colaboración con los elementos, nos espera una humanidad radicalmente transformada.

Sin embargo, el futuro, próspero o adverso, saldrá de este presente, y de él saldrá en continuidad histórica y orgánica. Sería condenar toda nuestra acción a la irrealidad, pretender disociar en una dicotomía absurda, el presente del futuro. Esa radical transformación que apuntábamos arriba, se está realizando delante de nosotros y en nosotros. La sensibilidad deshecha de los pueblos afectados por la guerra, el despliegue endemoniado de la técnica, la lenta y sutil transformación de los mecanismos psicológicos que forman la base de nuestro lenguaje, y sobre todo la omnipotencia de la "propaganda", ese mecanismo de hacer pensar a los hombres cualquier cosa (2), nos van conduciendo hacia una conformación, cada día más distinta de las cosas. El término final de esta evolución puede concretarse en estos dos extremos: la uniformación total del mundo, como pérdida de todos los valores tradicionales, o la disposición material, para una ulterior unificación cualitativa a través de los grandes valores tradicionales. Pero la actualización de uno de estos dos extremos, depende en gran parte de la actitud que asuma hoy el "valor tradicional", frente al cambio que se está operando en el mundo. Al hablar aquí de valor tradicional, nos referimos al valor teológico o religioso, que en la cultura de Occidente es sinónimo de valor cristiano, conservado en su pureza y autenticidad originarias, únicamente en el seno de la Iglesia Católica.

Trataremos de exponer algunos aspectos, que puede adoptar el valor tradicional, frente a las fuerzas históricas que hoy recorren el mundo.

DESCUIDO

Existe una actitud que se podría resumir en estos términos: todo lo que ahora sucede en el mundo, no afecta en nada al valor tradicional, porque los acontecimientos históricos de hoy, se desarrollan en una zona diferente; lo tradicional está bien resguardado y muy bien administrado en un sector inaccesible al cambio de las cosas.

Esta manera cómoda de ver las cosas, formulada en la historia, implica la negación de toda cultura cristiana, desde que la esencia de la misma consiste en la fusión de lo eterno, que supone el valor tradicional, con el tiempo en el que se desarrollan las civilizaciones humanas. Con razón nota Sellmaier, que de haber predominado en los primeros siglos del cristianismo, algunas tendencias aislacionistas, el cristianismo sería hoy una secta perdida en el norte de África.

Desde el punto de vista metafísico, esta actitud ignora la actividad misma del espíritu. El

valor tradicional, como todo valor, consiste en una relación apreciativa entre el ser y la inteligencia; y aun en aquello que el ser alimentado, por el valor tradicional, tiene de "dado", es susceptible de progreso y estancamiento.

Considerada teológicamente, esta actitud es la negación práctica del valor tradicional. Frente a la actividad de la simiente y a la acción progresiva de la levadura, pretende levantar un reino administrativo del valor, cuya única función sería proporcionar salvoconductos individuales de salvación.

Hoy, cuando se están quemando cuatro siglos de historia, en el preciso momento de constatar la "fragilidad e inconsistencia de todo ordenamiento puramente humano", y a punto de confesarse el comunismo, dueño absoluto del corazón de Europa, será el momento de aislarse de las cosas que pasan, o será más bien el tiempo de "vender la túnica y comprar la espada"?

Una actitud de descuido, podrá adoptar mil maneras y mil justificativos, pero en el fondo, serán siempre la ignorancia y la comodidad sus instigadores inmediatos. Solamente la espada nos salvará. Pero poseerla significa salirse del aislacionismo contemporizador y sumergirse con todo el cuerpo y con toda el alma en la lucha. ¿Qué es esa túnica cuya venta se nos exige, y en qué consiste esa espada cuya compra es indispensable? He aquí una profunda respuesta: "Un arma en la mano, más bien que una túnica sobre nuestras espaldas, la ofensiva más bien que la defensiva, la acción más bien que la apariencia y el confort, la conquista más bien que esta protección al íntimo contento que proporciona la propiedad. Una espada es aquel instrumento que penetra y divide, todo lo que es capaz de abrir un camino a través de la carne, lo que alcanza el centro y nos desembaraza del obstáculo, aquella punta que es el amor y este filo que es la inteligencia" (3).

OPOSICION FRONTAL

Admitir y reconocer el empuje de una fuerza histórica, y enfrentarse con todas las energías humanas y divinas que asisten al valor tradicional, es una actitud que no pugna con el espíritu cristiano. Recordemos que Cristo trazó una línea recta y bien marcada, entre El y el espíritu del mundo.

Pero cabe esta pregunta: es que estas nuevas fuerzas que hoy recorren el mundo, de tal manera han caído en manos de las potencias demoníacas, que se torne imposible hacerlas viables en una concepción cristiana de la vida, de manera que ante ellas, solamente reste una oposición frontal?

Por de pronto, ante ese conjunto de fuerzas que trabajan ya identificadas con la corriente comunista, cuyo centro es Moscú, y que de allí se expanden diabólicamente hacia las naciones que la rodean, en órbitas cada día mayores, es indudable que ante ellas vige para el valor tradicional esta única actitud: oposición frontal. Suponemos superfluo, traer aquí los documentos y las pruebas de la perversidad intrínseca del comunismo bolchevique.

Por otro lado, si todo el mundo cayera en manos del comunismo (4), o sea, si la espada que aún trabaja al servicio de la burguesía, fuese doblegada por el comunismo, una oposición frontal conduciría a estos extremos: o se opera un milagro, que "impone" el triunfo del valor tradicional, (posible siempre, en función de la sobrenaturalidad que acusa el valor religioso), o el valor tradicional es barrido de la superficie terrestre y reducido a catacumba en su núcleo central. Esto es lo que quiere decir Belloc cuando afirma que un triunfo universal y absoluto del comunismo "sería el fin"; y lo que entendía Maritain, al ver en las "islas" el símbolo, de una posible forma de cristiandad futura.

En esta Revista, se han expuesto con claridad, las posibilidades de una intervención directa de la Causa Primera en el curso del actual devenir histórico. De no ser así, la voz de la sangre resonaría de nuevo para todos los cristianos, co-

mo de hecho está sonando para muchas naciones.

Hasta dónde se extenderá la dominación comunista, es un secreto de Dios. Lo cierto es que, la posibilidad del triunfo cristiano, descansa sobre esta oposición frontal, llevada hasta su última instancia, inclusive el martirio. Pobres los que olvidan que hoy es tiempo de lucha, pobres de aquellos que intentan pactar, en la mitad del camino, con fuerzas mil veces vencidas y condenadas al fracaso! ¿Es preferible por ventura, sacrificar un auténtico mundo cristiano (por más lejano que se encuentre de nosotros y por más dolorosa e incierta que sea su conquista) al logro de una efímera convivencia pacífica, con fuerzas malélicas y disolventes?

Nosotros todavía podemos dar testimonio con la palabra; pero no olvidemos que para muchos pueblos, encerrados en el seno de la Contra-Iglesia, solamente les resta dar testimonio con su sangre. Monsiñor Griffin, hablando a los miembros de una nación crucificada, Polonia, ha manifestado la única posibilidad de salvación que les va quedando a los pueblos atrapados por el comunismo, con estas palabras: "Os dirijo este llamado en nombre de vuestras grandes tradiciones cristianas, para que deis a la Unión Soviética una oportunidad de redimirse a sí misma". El mártir es el que redime con su vida, la injusticia del tirano.

Empero, la oposición que se le pide al cristiano en esta hora, es el germen del triunfo futuro. Por eso, a pesar de la obscuridad de estos tiempos, nosotros podemos hablar de superación, a pesar de la aparente derrota del momento, confiamos en la palabra decisiva del espíritu.

SUPERACION

Los acontecimientos presentes, contemplados en la desnudez de su dialéctica histórica, y vistos también como señales, en el curso de una manifestación preanunciada de las cosas, nos están diciendo a voces que llegamos ya al punto, donde el camino comienza a volver.

Siendo esto así, surge, como es lógico, esta pregunta: ¿cómo será el retorno, cómo de este presente que tiende cada día más a la uniformación total, saldrá un futuro unificado y jerárquico, un ordenamiento tradicional de las cosas?

Gustavo Thibon, ha abreviado en un magnífico esquema tirado de la psicología, la historia del cristianismo, iluminando de una manera notable el próximo porvenir de la espiritualidad católica. "Evitemos disociar el presente del pasado. Esta nueva forma de espiritualidad que parece esbozarse hoy, es el fruto de todos los esfuerzos, de todos los desgarramientos que la han precedido. Yo he pensado siempre (pero este tema exigiría un largo desarrollo) y solo puede ser rozado aquí en su superficie) que la evolución humana del cristianismo suponía, por encima de las "noches" descritas por los místicos, que purifican el amor divino en los individuos, "noches históricas", vastas pruebas en la escala de la humanidad, a través de las cuales se elaboran las nuevas edades de espiritualidad. La primera generación cristiana, deslumbrada por la imagen de Cristo, por el eco carnal de su voz



de la espera inmediata de la parusia, conoció, por así decir, la plenitud sensible de los principiantes. Luego, vino la noche de los sentidos, el reflejo del amor hacia el espíritu. Pero el espíritu por lo menos —y esto duró toda la edad media— estaba sano y firmemente adherido a Dios. Por fin, a partir del Renacimiento, se extiende sobre el mundo cristiano, la noche del espíritu (2).

Esta noche del espíritu, coincide con la desaparición de todos los principios, con el descrédito de la inteligencia y la ausencia de toda moral en las diversas relaciones humanas. Pero a pesar de todo, la nueva era saldrá de esta noche total y ya existen en ella indicios del día.

Antes de enunciar los tres modos posibles de reordenamiento, tengamos presentes las consideraciones que siguen.

Hay hombres que, a pesar de mirar las cosas desde el punto de vista tradicional, sufren de una manera ignominiosa la humillación del tiempo presente. Como este ciclo histórico, ha impuesto un ritmo cuantitativo al mundo, encadenando el éxito al empleo sistemático de una técnica, creen que el logro de todo objetivo, debe ser el resultado necesario de una técnica y como ésta trabaja hoy en su inmensa mayoría al servicio de las fuerzas diabólicas, desesperan del futuro. Es necesario evadirse de estas redes.

El reino de la calidad tiene sus dominios, sus ritmos temporarios propios y misteriosos. Querer matematizar la calidad, sujetándola a un ritmo de actividad cuantitativo y a un despliegue mecánico, equivale a negar la sustancia misma del espíritu.

Otra consideración previa es la siguiente: no se puede hablar de auténtico y universal ordenamiento, mientras éste se limite a un grupo de hombres particulares. Entonces vendrá la restauración total, cuando la luz de los principios inundará la sociedad.

Esto asentado, insinuaremos tres caminos, (que en la mano de Dios pueden reducirse a uno solo), por donde la humanidad retornaría sobre sus pasos.

- I — El ordenamiento que va directo, inflexible, de la cúspide a la base de la Ciudad, simbolizado (y autorizado por la historia) en la espada de un gran príncipe que se pone al servicio de la verdad.
- II — El ordenamiento que asciende dolorosamente de la base a la cúspide de la Ciudad, actualizado en todas las épocas (y hoy más que nunca) en el santo y el mártir que redimen en la sombra.
- III — El ordenamiento que obra en torno, anudando los hilos secretos de la cultura, simbolizado en el humanista cristiano, que prepara la restauración rectificando las fuerzas del tiempo.

Estos serían los verdaderos pontífices, que enlazarían el presente con el futuro, la trabazón entre dos épocas, el anuncio del nuevo día.

Los mártires y los humanistas ya trabajan en el mundo.

El santo y el mártir, representan la actuación de la calidad en su estado más puro, sobre la atmósfera materialista del tiempo.

El humanista cristiano, representa la inteligencia que esclarece y bautiza las formas de vida que la altura de los tiempos ponen en descubierta. No les toca hoy, como en tiempos de Tomás de Aquino y Dante, coronar con una "Summa" y un "Canto" imperiales la maduración de una gran cultura; a ellos les está reservada, la dura, y a veces "escandalizante" tarea, de hacer un poco de luz sobre las cosas de este tiempo.

Sobre el amor divino del mártir que redime y sobre la inteligencia del humanista que esclarece, se levantará la espada del gran príncipe que quitará el obstáculo.

Ésta sería la obra de la espada, adquirida con la venta de la túnica en su tiempo oportuno... "ce qui atteint le centre et qui nous débarrasse de l'obstacle, cette pointe qui est l'amour et ce tranchant qui est l'intelligence".

HÉCTOR MANDRIANI.

(1) Es un signo de los tiempos presentes este hecho: hoy, más la complejidad de las cosas hacen un laberinto en el que, hasta las mentes más agudas parecen perderse, se pretende imponer la universal capacidad de dar decisiones. De hecho, sólo en las llamadas democracias modernas, pocas son las que deciden: hablamos cuántos del "mito".

(2) "Solamente a los espíritus excepcionales, se les puede atribuir hoy, cierta independencia de juicio. Desde que existen los hombres, jamás la gran masa ha sido más sugestionable; se ha convertido en el juguete de una "opinión pública" fabricada por la prensa diaria, puesta al servicio del mundo financiero reinante. Lo que fue impreso esta mañana en los periódicos más leídos de una gran ciudad, constituye esa tarde, la opinión de la novena parte de sus lectores. América, cuyo acelerado "progreso", permite prever día a día el porvenir más inmediato, nos sobrepasa mucho más en la mecanización del pensamiento, del trabajo, de los placeres, etc. Ella hizo la guerra a Alemania, con una sincera indignación, porque se podía leer en sus diarios que, el "militarismo" prusiano pretendía la conquista del mundo y se revolcaba en el riego de crímenes diabólicos; y se podían leer estas cosas, porque un puñado de grandes dignatarios de Mauthausen, veían en la participación de América en la guerra, un asunto extraordinariamente lucrativo. Los americanos se batieron de buena fe por bellas palabras, tales como Libertad y Justicia; y en realidad ellos se batían por el enriquecimiento del tesoro de los bancos..." Cap. final de "Los principios de la Caracterología", de L. Klagen. Trad. franc. de W. Real, año 1930.

(3) P. Claudel: "Un poète regarde la Croix"; pág. 10.

(4) En las páginas de esta Revista, se ha demostrado hasta la evidencia, cómo la dialéctica histórica exige la absorción total de aquellas fuerzas que todavía alimentan el reinado del capitalismo liberal, en el comunismo bolchevique.

(5) G. Thibon: "Que l'homme ne s'épare pas..."; pág. 20. Artículo aparecido en la Revista "Études Carmelitaines"; Año 23, Vol. 1; Abril 1938.

SAN LEON, EL GRANDE

León, sucesor de Sixto III, fué elegido Papa el 13 de Agosto del 440. Peintin años rigió la Santa Iglesia, durante los cuales luchó sin descanso contra la impiedad y la herejía e hizo llegar hasta los más apartados confines del orbe cristiano su justa y desinteresada solicitud paternal. Pábil a las inspiraciones del Espíritu Santo, prescibó con claridad meridiana aquellos puntos del sagrado dogma que los herejes más trataban de confundir. Sin contar con medios carnales, con su sola autoridad de Pontífice, salvó a Roma del furor bárbaro y de la saña de sus enemigos. Nada le detuvo en su celo por la Casa de Dios ni en su ardoroso empeño con que hizo respetar la supremacía

evidente de Dios que en circunstancias semejantes León fuera exaltado al trono pontificio.

El orgullo diabólico de Eutiques y el desenfreno de Dióscoro, alentados por la debilidad de las autoridades civiles, desencadenaron una conmoción religiosa y social que amenazaba extenderse a todo el Oriente. Era el primero un monje con fama de asceta, acabado ejemplar de herejarca, que llegó a seducir a muchos cristianos de buena fe, deslumbrados quizás por el celo fanático con que en otros tiempos había disputado con Nestorio; el segundo (otro lobo con piel de cordero), a fuer de astuto y simulador, había sucedido nada menos que a San Cirilo en la sede de Alejandría, desde la cual apoyaba a los etiopios y los hacía cómplices de sus desafectos. Hacía ya tiempo que en Oriente las herejías se sucedían unas a otras, y que, inducidos por apetitos bastardos, hombres sin paz lograban apoderarse, en repetidas ocasiones, de las sillas episcopales más importantes.

San León tuvo que enfrentar estos conflictos. Forzoso es reconocer, sin embargo, que bien pronto contó con auxiliares poderosos, pues en Constantinopla terminó por imponerse la santa princesa Pulqueria y, poco después, llegó a ocupar el trono con su esposo Marciano, e, investidos ambos de la plenitud del poder, renovaron los buenos tiempos en los cuales la potestad imperial, ejercida con dignidad y justicia, se afanaba por el bien común de los pueblos confiados a su custodia. Por otra parte, el Obispo San Flaviano, condenado a su debido tiempo los errores de Eutiques y se mantuvo en estrecho contacto con la corte para refrenar los abusos. Fué así posible convocar con éxito un concilio, en el cual, reunidos más de seiscientos obispos, quedó definitivamente condenada la herejía y solemnemente proclamada la doctrina que sobre el misterio de la Encarnación, había definida el Sumo Pontífice en carta a San Flaviano, leída con religiosa reverencia en el Concilio.

Otro género de dificultades tuvo que superar León en Occidente. Atila, el Azote de Dios, como se complacía en hacerse llamar, envanecido por la potencia destructora de sus huestes, te-



de la Cátedra de Pedro; lejos de dejarse impresionar por indiscutibles merecimientos ajenos, supo hasta sobreponerse a la veneración que lógicamente debía despertar en su ánimo las virtudes de todo un Hilario de Arlés, a quien las virtudes en humillar para hacer de él un modelo de pastores y un santo a quien rinde culto la Cristiandad.

Con la muerte de Teodosio el Grande, el Imperio perdió un gobernante eminente y sus dos grandes divisiones, la de Oriente y la de Occidente, cayeron en manos de hombres débiles, faltos de carácter, fáciles presas de vanidades y griterios ambiciosos. De esta manera, herejes y bárbaros pudieron socavar, sin mayores riesgos, las bases mismas del orden político y social: tales peligros debieron ser contrarrestados por la Iglesia, que se veía así abocada a problemas de cuya solución dependía la subsistencia de la civilización. Era pues una gracia

nia consternada a la Europa civilizada. Lleno de furia y de maldad, quiso saciar su odio contra Roma, (que entre múltiples privilegios cuenta el de haber sido y seguir siendo blanco de las iras infernales). Pero, lo que no habría podido lograr con las armas ni con la astucia humana, la consiguió la heroica caridad de San León, el primer Papa (y no el último) que salvó la Ciudad Eterna de la destrucción.

Evidentemente el Imperio de Occidente estaba viviendo las últimas etapas de la crisis po-

plicaciones sobre la Encarnación del Verbo, le reveló la definición dogmática del gran Misterio de nuestra reconciliación en virtud del cual, reuniendo en una persona la forma de Dios y la forma de siervo, el Creador de los tiempos nació en el Tiempo y Aquél por quien fueron hechas todas las cosas entre todas ellas fué engendrado.

SANTIAGO DE ESTRADA.

SOBRINOS Y TEOLOGIA

a Jorgito Castellani



lítica que terminaría con él. Llevada por un bajo deseo de venganza, la emperatriz Eudoxia llamó a Genserico, hereje y jefe de los vándalos que desde el otro lado del Mediterráneo tenía inquietos a los romanos por sus continuas accechanzas y atomizados a los cristianos de Africa por sus tiránicas tropelías. Llegó a Ostia el vándalo, y otra vez la Ciudad Eterna puso en León sus esperanzas. Genserico igualaba a Atila en lo bárbaro pero carecía del noble sentido de la grandeza que el jefe de los hunos poseía; de ahí que, incapaz de magnanimidad, no quisiera perder el saqueo de la Ciudad, y fué milagroso que el Pontífice lograra hacerle respetar la vida de los habitantes y el sagrado derecho de asilo, a cuyo efecto fueron señalados tres templos.

A todo esto en Oriente no cejaban los desórdenes desencadenados por los eutiquianos, Palestina y Egipto fueron teatro de las más crueles fechorías, y más de un católico auténtico debió dar testimonio con su sangre de la Verdad que León había hecho proclamar en Calcedonia. Pero, a despecho de herejes ambiciosos y demagogos, la doctrina pontificia se impuso: gloria fué de nuestro gran Papa, que no concedió ni un instante de reposo al enemigo, ni quiso para él la cómoda salida de contemplanza con el mal.

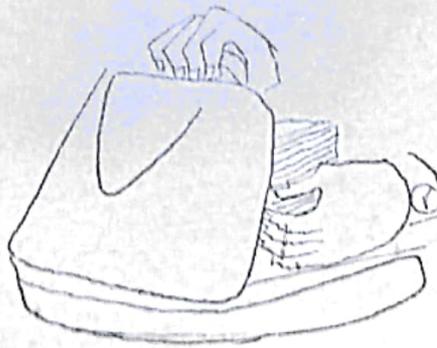
Ni los fanáticos de Oriente, ni los bárbaros de Occidente pudieron hundir la barca de Pedro que, bajo la dirección de León, navegaba segura. Con razón la Sagrada Liturgia, radiante de júbilo, recuerda como el Santo Pontífice y Doctor, a quien el Señor colmó de inteligencia y sabiduría, abrió su boca en medio de la Iglesia para enseñarnos la verdadera doctrina e imponernos su disciplina. Por eso repite aquel pasaje del Santo Evangelio en que Simón Pedro da la respuesta exacta a la pregunta que le formulara el Divino Maestro y, contemplando su sagrada humanidad, exclama: "Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Verdaderamente fué bienaventurado León, porque no fué ni la carne ni la sangre, sino el Padre mismo quien, mientras se oían las más absurdas ex-

Los sobrinos están reñidos con la Teología... y viceversa. La prueba es que la teología viene de Dios (por lo menos etimológicamente) y los sobrinos, si no miente el refrán romano, vienen del diablo. El refrán dice por si ustedes no lo conocen: *Iddio tolse i figli ai sacerdoti — Ma il diavolo gli diode lor nepoti*.

Si un teólogo no tuviese sobrinos, se internaría tanto en lo abismático de la Deidad, que al poco tiempo se pondría tartamudo como Moisés, y luego dejaría del todo el habla, como Billot, "*Billotius noster*". Pero los sobrinos lo obligan al teólogo a hablar; y hasta a silabear su teología.

—Tío ¿los rusos son una porquería?

Al hocajarro de la pregunta, la cabeza se llena bruscamente de un delirio de Goya: Iván el Terrible, Focío, Catalina la Grande, Dostoiewski, Moussorski, Lenin, Tolstói, Marx, la Batalla de Stalingrado, Napoleón, el mariscal Bismarck, las obras de Soloviev, Rasnín, Doll, Stalin, el Anticristo, Nuestra Señora de Moscú, el Russicum de Roma, un gran solpa Logótef, el derrame de la Quinta Flota Roja de Babalax sobre la sede de la Bestia, y los Cuatro Anclianos ante el trono de Dios. ¡Un mundo!



Al mismo tiempo, la mente discursiva empieza a pergeñar la siguiente respuesta: —¿Los rusos? Distingo: como hombres, son criados por Dios como cualquier animal, planta o hecho, como la misma Doña Silvana Pilluela De Filippis, como yo mismo, como vos. Ahora como pueblo, subdistingo; como pueblo en el pasado, tal cosa; como pueblo en el presente, tal otra cosa; como pueblo en el futuro, distingo de nuevo: ... Y así sucesivamente. Distingue frecuentemente y responde congruenter.

Pero la honesta cara de Jorgito a través de la mesa, con la boca grande, los ojos brillantes y el jopo a la izquierda, lo arranca a uno de su

Maestro del recuerdo la Santa Iglesia nos presenta todos los años los pasos de la Pasión de Cristo en la Semana Mayor. Inalterable, eterna, repite en su inmóvil liturgia las mismas palabras, ademanes y cantos ante el tropel de pueblo cristiano que, igual y distinto como un río, pasa ante sus altares desnudos, conmovido.

Pero esta semana santa quedará prendida a lo más profundo de nuestros recuerdos por lo que nos reste de vida aquí; no lo podrá olvidar nunca nuestra alma. También hijo del hombre, el cristiano, además de su filiación divina está ligado por su cuerpo al fluir del tiempo y por mucho de su alma, a la época, al acontecer, al espíritu de la tierra que es la patria terrena. Debajo de nuestro suelo y muy encima de nuestro cielo hay realidades —transitoriamente separadas— que forman la legión de nuestros antepasados; de donde el mandato de honrar padre y madre nos liga impercederamente con lo que la patria tiene de más profundo.

En el inmenso drama de la Pasión del Inocente se mueve la humanidad entera y sus personajes tipos cumplen eternamente sus luminosos y sus oscuros designios.

El Domingo de Ramos, el martes, el miércoles y el viernes santo, la Iglesia canta el relato de la Pasión de los cuatro evangelistas, letra por letra; tres tardes seguidas flora con las lamenta-



ensueño abstracto y lo obliga a dar la respuesta sintética, aproximada, y humana:

—Sí. Para nosotros los argentinos y en el sentido en que vos lo entendés, son una verdadera porquería.

—¿Por qué, tío?

Otra vez la cabeza se llena de otra pesadilla: el paneslavismo, el rismo de Oriente, el concilio de Florencia, el demonismo de Andreief, San Cirilo y San Metodios, Rasputín, Kerenski, San Josphaf, el menchevismo, el suicidio de Kiriloff, André Glide, Mauricio Baring, el beato Juan Böhla, Stavróghin, Santa Sofía, los Síndios, la embajada rusa en París, la guerra de España, y la mar en coche. Pero otra vez la vista de la realidad juvenil del sobrino sugiere la respuesta justa:

—¿Por qué son una porquería, tío?

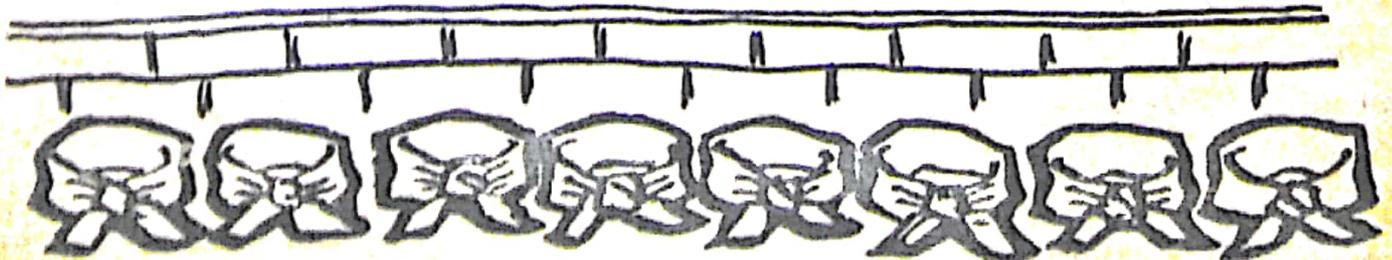
—Representan la última herejía. Una parte de la última herejía.

—¿Qué es herejía, tío?

¡Herejía! El Derecho Canónico la define "*Hominis christiani error voluntarius, sive internus sive externus, formalis vel materialis, cum perverbia conjunctis, contra veritatem fidei quae ab Ecclesia credenda proponitur...*" Traduzca Vd. eso a un chaqueño primer año nacional.

—¿Qué viene a ser herejía, tío?

—Desgarrarse de la religión verdadera y fun-



ciones de Jeremías la suerte de la nación envilecida y en las exhaustivas antifonas del Oficio de Tinieblas, subraya el proceder de los que condujeron, licidamente o como empujados, la marcha del plan, de la entrega, de la condena y del deicidio.

Plan en el Sanhedrin, modelo de conjuraciones perversas. Entrega por uno de los Doce que pacta con los enemigos y, sonriente, lo señala ante ellos con un beso. ("Amigo, con un beso entregas al Hijo del Hombre?") Condena legal por el lamentable Poncio Pilatos, que no quería hacerlo, y lo hizo, que se resistía y cedió, temeroso del César. ("Si no lo condenas, no eres amigo del César"). "Nosotros no tenemos otro rey que el César". Y, finalmente, la ejecución material por obra de la soldadesca del Pretorio.

Palabras, episodios, actitudes y procedimientos de traición y de cobardía, van señalando cada paso del tremendo drama, marcando cada escena hasta el desenlace inconcebible. Y el estupor siempre renuente que la rememoración de tales misterios, todos los años nos produce, se acentuaba esta Semana Santa de 1945 que quedara prendida a lo más profundo de nuestros recuerdos por lo que nos queda de vida aquí. No lo podrá, no, olvidar nunca nuestra alma.

NUESTRO TIEMPO.



dar otra religión que parece más verdadera que la otra.

—Yo creía que era matar gente, insultar a las mujeres y todo eso.

—Es peor que eso. Por ahí acaban.

—Entonces ese Padre De Cotillón que vino ¿era hereje?

—¿Qué ha de ser! Era un infeliz.

—¿Los socialistas son herejes?

—En la Argentina no. Son vividores.

—Ellos escribirían en "La Vanguardia" que vos sos un vividor.

—Justamente por eso. Piensa Ramón —que todos son— de su condición.

—Pero vos no sos vividor, tío.

—¿Quién sabe? En otro sentido, quizá sí.

—¿Y los rusos son los peores herejes que hay?

—No. Los peores herejes son los curas malos. Después vienen los curas sanos. Ni tampoco todos los rusos son herejes.

—Tío ¿a vos te parece que hay que "añudar" relaciones con Rusia? Tío Mundo, que es radical piensa que sí.

—Yo no sé. Esa es una cuestión más bien política.

—Así es.

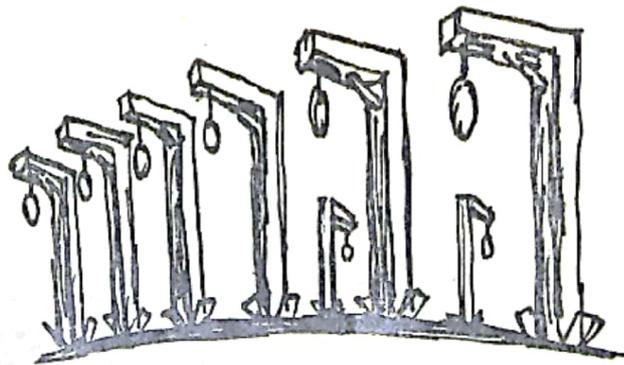
—¿Es verdad, tío, que los sacerdotes no deben meterse en política?

—Y entonces ¿PORQUE VOS ESCRIBIS EN CONTRA DEL CORONEL TALION.

—¡Maldita sea mi alma! Jamás he escrito, Dios me libre y guarde, "en contra" de ningún coronel. Ni de ninguna cosa. ¡Jamás he nacido yo para ser "en contra" de nadie! ¡Jamás me he metido en política, hacia la cual siento una repulsión casi fisiológica! Pero si todo el mundo, empezando por mi Provincial y acabando por mi sobrino, sostienen que yo me meto en política, soy capaz de acabar por llegar a creerlo ¡y meterme!

Lo cual sería un desastre tan grande como meterme a construir un puente, a asistír un parla o a mandar un regimiento.

L. CASTELLANI S. J.



LECTURAS Y RELECTURAS

Conocimiento y reconocimiento son dos operaciones de modalidad tan diversa, que para una consideración netamente humana —esto es, tan cargada de circunstancias como de esencias— parece excesiva la identidad fundamental que el lenguaje establece entre ellas.

La tensión anhelante del conocer, el esfuerzo satisfecho por el logro o crispado sobre el obstáculo, el deslumbramiento y la euforia de la nueva adquisición: goce magnífico de la conquista.

Goce también el reconocimiento pero muy distinto del anterior. Tensión disminuida, esfuerzo reducido: posesión, no conquista. Y sin embargo actitud no menos necesaria que la otra para la actuación plena de virtualidades, que sólo la posesión aseogada arranca secretos de intimidad y hondura sobre los que la conquista pasa de largo en su embriagador raptó.

Fuente por excelencia de conocimiento en una cultura que ya ha prodigado sus energías creadoras, a la lectura es aplicable lo dicho, con estricta analogía.

Lectura y relectura, conquista y posesión, constituirán el tema de nuestra sección. El calor del descubrimiento reciente y la quieta profundización de una amistad antigua. Traeremos aquí lo que en ambas operaciones nos haya impresionado como más digno de la atención de nuestros lectores de hoy.

La tarea del compilador se reducirá a la selección y a la glosa que sitúe o subraye el pensamiento transcripto en la medida de lo necesario. Provocar la lectura directa es así la máxima aspiración que puede corresponder a este planteo.

Cuál sea la utilidad de esta labor es cuestión

que no deja de plantear un inveterado hábito problemático. Al modo como el movimiento se prueba andando, se ensayará adaptar tal prueba al caso.

Sin embargo el eco de aquel interrogante guía nuestra primera elección. Se trata de algunos fragmentos de la "Misión del Bibliotecario" de Ortega y Gasset, en los que el compilador imagina su misión propia substituida a la del bibliotecario de mentas. Se apreciará al final si la inquietante interrogación ha tenido respuesta cumplida.

"Todo lo que el hombre inventa y crea para facilitarse la vida, todo eso que llamamos civilización y cultura, llega un momento en que se revuelve contra él. Precisamente porque es una creación queda ahí en el mundo, fuera del sujeto que lo creó, goza de existencia propia, se convierte en cosa, en mundo, frente al hombre, y lanzado a su particular e inexorable destino, se desentiende de la intención con que el hombre lo creó para salir de un apuro ocasional. Es el inconveniente de ser creador. Al Dios del cristianismo le aconteció ya esto: creó el ángel de grandes alas místicas y el ángel se le rebeló, se volvió contra él y empezó a ponerle dificultades. Maravillosamente, el cardenal Cusano decía que el hombre, por ser libre, crea; pero es libre y crea inserto en el instante temporal, bajo la presión de la circunstancia: de ahí que merezca el título de *Deus occasionatus*. "Dios de ocasión". Por eso también se revuelven contra él sus creaciones.

"Hoy vivimos una hora sobremanera característica de esta trágica peripeccia. La economía, la técnica, facilidades que el hombre inventa, le han puesto hoy cerco y amenazan estrangularlo. Las ciencias, al engrosar fabulosamente y multiplicarse y especializarse, rebasan las capacidades de adquisición que el hombre posee y le acongojan y oprimen como plagas de la naturaleza. Está el hombre en peligro de convertirse en esclavo de sus ciencias. El estudio no es ya el *otium*, la *sjolé*, que fué en Grecia; empieza



ya a inundar la vida del hombre y rebosar sus límites. La inversión característica de esa rebelión contra su creador de las creaciones humanas es ya inminente; en vez de estudiar para vivir, ya a tener que vivir para estudiar.

"En una u otra forma ha acontecido ya esto varias veces en la historia. El hombre se pierde en su propia riqueza; su propia cultura, vegetando tropicalmente en torno a él acabó por ahogarlo. Las llamadas crisis históricas no son, a la postre, sino esto. El hombre no puede ser demasiado rico: si un exceso de facultades, de posibilidades, se ofrece a su elección, naufraga en ellas y a fuerza de posibles pierde el sentido de lo necesario. Este ha sido perennemente el trágico destino de las aristocracias: todas, al cabo, degeneran, porque el exceso de medios, de facilidades, atrofia su energía.

"¿Es demasiado decir invitaros a reflexionar si las sociedades de Occidente no empiezan a sentir el libro como instrumento rebelado y como nueva dificultad? En Alemania se lee el libro del Sr. Jünger, donde encontramos frases aproximadamente como esta: "Es una pena que hayamos llegado a esta altura de nuestra historia sin una porción suficiente de analfabetos!" Me diréis que esto es una exageración. Pero no nos hagamos ilusiones: una exageración es siempre la exageración de algo que no lo es.

"En toda Europa existe la impresión de que hay demasiados libros, al revés que en el Renacimiento. ¡El libro ha dejado de ser una ilusión y es sentido como una carga! El mismo hombre de ciencia advierte que una de las grandes dificultades de su trabajo está en orientarse en la bibliografía de su tema.

"No olvidéis que siempre, cuando un instrumento creado por el hombre se revuelve contra él, la sociedad, a su vez, se revuelve contra aquella creación, duda de su eficacia, siente antipatía hacia ella y le exige que cumpla su primitiva función de pura facilidad.

"Hay aquí, pues, un drama: el libro es imprescindible en estas alturas de la historia; pero el libro está en peligro, porque se ha vuelto un peligro para el hombre".

"Los más graves atributos negativos que comenzamos hoy a percibir en el libro son éstos:

"1º Hay ya demasiados libros. Aun reduciendo sobremedida el número de temas a que cada hombre dedica su atención, la cantidad de libros que necesita injerir es tan enorme que rebosa los límites de su tiempo y de su capacidad de asimilación. La mera orientación en la bibliografía de un asunto representa hoy para cada autor un esfuerzo considerable, que gasta en pura pérdida. Pero una vez hecho este esfuerzo se encuentra con que no puede leer todo lo que debería leer. Esto le lleva a leer de prisa, a leer mal y, además, le deja con una impresión de impotencia y fracaso, a la postre, de escepticismo hacia su propia obra.



"Si cada nueva generación va a seguir acumulando papel impreso en la proporción de las últimas, el problema que plantee el exceso de libros será pavoroso. La cultura, que había libertado al hombre de la selva primigenia, le arroja de nuevo en una selva de libros no menos inextricable y ahogadora".

"2º Mas no sólo hay ya demasiados libros, sino que constantemente se producen en abundancia torrencial. Muchos de ellos son inútiles o estúpidos, constituyendo su presencia y conservación un lastre más para la humanidad, que va de sobra encorvada bajo sus otras cargas. Pero, a la vez, acontece que en toda disciplina se echan de menos con frecuencia ciertos libros cuyo defecto traba la marcha de la investigación... La sobra y el defecto de libros proceden de lo mismo: que la producción se efectúa sin régimen, abandonada casi totalmente a su espontáneo azar.

"¿Es demasiado utópico imaginar que en un futuro nada lejano será vuestra profesión (la bibliotecarios se dirige) encargada por la sociedad de regular la producción del libro, a fin de evitar que se publiquen los innecesarios y que, en cambio, no falten los que el sistema de problemas vivos en cada época reclaman? Todas las faenas humanas comienzan por un ejercicio espontáneo y sin reglamento; pero todas, cuando por su propia plenitud se complican y atropellan, entran en un período de sometimiento a la organización. Me parece que ha llegado la hora de organizar colectivamente la producción del libro. Es para el libro mismo, como modo humano, cuestión de vida o muerte.

"No se venga con la tontería de que tal organización sería atentatoria a la libertad. La libertad no ha aparecido en el planeta para desnudar el sentido común. Porque se le ha querido emplear en esta empresa, porque se le ha pretendido hacer de ella el gran instrumento de la

insensatez, la libertad está pasando en el planeta un mal cuarto de hora. La organización colectiva de la producción libresco no tiene nada que ver con el tema de la libertad, como no tiene nada que ver con él la necesidad que se ha impuesto de reglamentar la circulación en las grandes urbes. Sobre que esa organización —dificultar la emisión de libros inútiles o necios y fomentar la de determinadas obras cuya ausencia daña— no había de tener carácter autoritario, como no lo tiene la organización interior de los trabajos en una buena Academia de Ciencias, el bibliotecario del

"3º Por otra parte, tendrá el bibliotecario del porvenir que dirigir al lector no especializado la *selva selva* de los libros, y ser el mejor, el higienista de sus lecturas. También en este punto nos encontramos en una situación con signo inverso a la de 1800. Hoy se lee demasiado: la comodidad de poder recibir con poco o ningún esfuerzo innumerables ideas almacenadas en los libros y periódicos va acostumbrando al hombre, ya acostumbrado ya al hombre medio, a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee, única manera de hacerlo verdaderamente suyo. Este es el carácter más grave, más radicalmente negativo del libro. Por ello merece la pena de que le dediquemos, como voy a hacerlo en seguida, nuestra última consideración. Buena parte de los terribles problemas públicos que hoy planteados proceden de que las cabezas medias están atestadas de ideas inercialmente recibidas, entendidas a medias, desvirtualizadas, atestadas, pues, de pseudo-ideas. En esta dimensión de su oficio, imagino al futuro bibliotecario como un filtro que se interpone entre el torrente de los libros y el hombre".

Tiempo y espacio nos impiden seguir a Ortega y Gasset en el magnífico desarrollo sobre la función vital del libro y la necesidad de que la lectura sea llevada nuevamente a su alta jerarquía de verdadera fuente de conocimiento, sacudiendo el torpor en que la ha sumido una facilidad excesiva.

Se planteaba en un comienzo la inquietante interrogación sobre la posible utilidad de una labor reducida tan sólo a la selección y glosa de lecturas. Resulta ahora lo que con el grano de mostaza de la parábola, que la semillita se nos ha hecho árbol, que lo que pareciera vano pasatiempo se transforma en pavoroso problema, capaz de amenazar los cimientos mismos de la cultura occidental.

Y vuelve la inquietud a presentarse con signo contrario. No ya la labor vana trabajando al vacío, sino la posibilidad de enfrentarse aunque en la medida más ínfima, con tarea tan abrumadora.

Acallando temores intentaremos una vez más la prueba del movimiento con la marcha.

MENTOR.

CONDICION DE LA IGLESIA RESPECTO DEL ESTADO

TRIPLE FORMA DEL LIBERALISMO

Los católicos de la "nueva cristiandad", secundando las moquinosas de los impíos han reanudado, estos últimos años, los graves errores del liberalismo teológico, que han inficionado todo el siglo XIX.

Para que el lector pueda tener un conocimiento claro e imparcial de este asunto, nos ha parecido conveniente reproducir los autorizados artículos que el Padre Mateo Liberatore, de la Compañía de Jesús, publicó primeramente en "La Civiltà Cattolica" y luego en libro, cuya traducción castellana, de la segunda edición italiana, de Don Antonio de Valbuena, apareció en Madrid, en 1873, con el título "La Iglesia y el Estado". De aquí hemos reproducido fielmente el capítulo del liberalismo.

Nuestros lectores se harán una idea de la autoridad de estas páginas del Padre Liberatore si tienen en cuenta que fueron publicadas en la "Civiltà Cattolica", en uno de los momentos más álgidos del liberalismo católico, por especial pedido de Pío IX; si tienen en cuenta también, que ellas fueron incorporadas a la enciclica "Libertas", de León XIII y si finalmente, tienen presente que teólogos de la autoridad de Billot las reproducen, casi al pie de la letra, en el estudio y condenación del liberalismo teológico.

(N. de la D.)

El punto y seña, como si dejáramos, del liberalismo de nuestros días es la emancipación del Estado de la autoridad de la Iglesia. Entiéndese esta emancipación de dos

maneras, según que la promueva el liberalismo absoluto o el liberalismo moderado; al cual se aproximan de buena o de mala fe muchos aún de entre los que son católicos, sino de entendimientos, por lo menos de corazón, y reciben el nombre de católicos liberales. El primero de los dos liberalismos quiere la sobredicha emancipación por medio de la supremacía del Estado; el segundo por medio de su completa independencia de la Iglesia: los católicos-liberales sostienen la recíproca separación de ambos, no como verdad especulativa, sino como método práctico.

El liberalismo absoluto concibe al Estado como la más alta potencia a que el género humano se eleva en su progreso social. Para él el Estado es omnipotente; y no sólo no tiene ningún poder superior, sino que ni siquiera hay otro igual o que no le esté sometido. El es poder sumo y universal, a quien nada puede resistir, y a quien todo debe obedecer. El es el derecho por excelencia; fuente de todos los otros derechos, y regulador supremo de todas las relaciones entre los hombres. En contra de él no se da ningún derecho individual o doméstico que sea inviolable, ni mucho menos un derecho sagrado de que pueda gloriarse otra sociedad alguna. Todos los derechos están incluidos en el derecho público cuyo único legislador y juez es el Estado. Los otros derechos inferiores se derivan de aquél en virtud de la ley que él sanciona; así es que sus leyes son la regla suprema de las operaciones humanas. Y como quiera que la sociedad no sea estacionaria, sino progresiva, siquiese de aquí que ninguna ley, ningún derecho, ninguna institución es inmutable, sino que todo

depende de la voluntad social obediente al progreso; la cual se manifiesta por la opinión pública de aquellos en quien y por quien la humanidad progresa, y es erigida en ley por los representantes del pueblo en los Parlamentos.

Esta teoría, si bien se considera, constituye el espíritu que anima, cuál más cuál menos, todas las modernas Constituciones de Europa, modeladas sobre los famosos principios del 89. En virtud de semejante teoría, la Iglesia no sólo pierde toda su preeminencia sobre el Estado, sino que desaparece por completo como sociedad perfecta e independiente. A lo más queda en calidad de simple colegio como cualquier otra secundaria asociación civil supeditada al Estado y derivando de él su existencia moral. Y así como el Estado concede a la Iglesia por su mero beneficio el goce de la vida pública, así el mismo la determina y limita los derechos, reservándose el tomarla a su cuenta de ellos. Es una condición la de la Iglesia inferior en todos sentidos a la que tenía bajo los emperadores paganos en los tiempos de irguera de sus sangrientas persecuciones.

A tanta exorbitancia no llegan los liberales que llevan el nombre de moderados. Estos defienden, no la supremacía, sino la autonomía y la completa independencia del Estado, bien sea que quieran esto como transacción, bien sea, y esto parece más cierto, que lo deseen como transición. Para ellos la Iglesia y el Estado forman dos sociedades del todo libres y separadas entre sí en la esfera de sus respectivas atribuciones, lo cual expresan ellos con la fórmula: la Iglesia libre en el Estado libre.

El fin del Estado, según esta doctrina, no está en manera alguna ordenado al fin de la Iglesia, y por esto el poder del uno no está de ningún modo subordinado al poder de la otra. Seméjante subordinación produciría confusión. El Estado es enteramente independiente de la Iglesia, y dueño de sus actos sin consideración alguna a los intereses de la religión de los súbditos. El hace sus leyes sin cuidarse de nadie, y exige la observancia de ellas, por más que se opongan a los Cánones. Sólo le guían en sus determinaciones el interés político y la prosperidad temporal de los pueblos. A lo sumo, y por motivos de concordia, podrá avenirse a hacer sobre algunos puntos con la Iglesia pactos libres y voluntarios convenciones, tratando con ella de igual a igual; y estos mismos pactos y estas convenciones se rompen por la mudanza de los tiempos o de las circunstancias sociales, de que es juez el Estado. La Iglesia no tiene derechos públicos propiamente dichos, ni por sí se extiende al orden material. Como sociedad espiritual, está reducida a la esfera interior de la conciencia; pues en cuanto al exterior no puede gozar sino del derecho individual de la libertad común. Por otra parte, toca al Estado ensanchar cuando pueda en beneficio de todos, los límites de esta libertad, concediéndola completa por lo que respecta a culto, conciencia, imprenta, enseñanza, asociación, en suma, a todo el pensar y el obrar del hombre; con la sola limitación de que no sea turbada la tranquilidad pública.

A este sistema de liberalismo se aproximan, como dejamos dicho, no pocos aún de entre los mismos católicos de corazón sincero, pero de inteligencia escorpiada. Estos rehuyen la discusión en el terreno abstracto de los razonamientos; pero viniendo al concreto de los hechos, reputan más prudente y más útil a la Iglesia misma su total separación del Estado. Recuerdan los agravios por ella sufridos durante la esclavitud en que los príncipes de los pasados tiempos se esforzaban en tenerla so color de protección; y la aconsejan que renuncie por sí misma al infuante consorcio, y reduciéndose a solas sus fuerzas morales, no reclame ni espere auxilio alguno del poder civil, ni pretenda ejercer ninguna influencia en ningún ramo del orden político. En cuanto a las libertades arriba mencionadas, dicen que la Iglesia puede y debe aceptarlas sin recelo, puesto que ellas no pueden menos de producirle ventajas, no habiendo nada tan conforme a la naturaleza del hombre como el gozar de plena libertad política y religiosa, sacudiendo todo yugo de servidumbre y de restricción. Dicen que de todos modos, esta es la tendencia universal de la sociedad moderna, y el contradecirla es una loca determinación que no puede producir otro resultado que el de enajenar cada vez más los ánimos a la Religión, con daño irreparable, no sólo de la sociedad civil, sino también de la misma Iglesia.

Así se explican estos valerosos apologistas, los cuales, con una sencillez que enamora, se consideran como los ángeles que ven claro, los verdaderos conocedores del mundo, los prudentes por excelencia, los legítimos defensores de los intereses católicos, y se lanzan de una manera feroz contra cualquiera que les contradiga, sin omitir por eso el obligado panegírico de la caridad y de la moderación.

ABSURDO DEL LIBERALISMO ABSOLUTO

Como cualquiera ve fácilmente, el liberalismo absoluto no reconoce la divinidad de la Iglesia; de otro modo no podría desconocer en ella aquellos derechos que al divino fundador de la misma le plugo concederle. El niega el orden sobrenatural, niega a Cristo, encerrándose en los límites del puro racionalismo; de donde se sigue que por sí mismo se declara réprobo en virtud de su propia incredulidad, y pertenece a aquel mundo ya reprobado por el Redentor y excluido de su oración al Eterno Padre. (1) Es, pues, sin disputa, no solamente anti-católico, sino anticristiano, y ningún fiel puede profesarlo, o de cualquier manera consuetudinario en él. La cuestión, con respecto a él, está concluida: *qui non credit, jam iudicatus est.* (2)

Sin embargo, para que se comprenda su fealdad, aún en el mero orden de la razón, hagamos observar que el niega también la espiritualidad e inmortalidad del alma humana. Y a la verdad, ¿cómo podría de otra forma concebir al Estado como asociación suprema, sin restringir la suerte del hombre a la sola órbita de la vida orgánica y material? La sociedad se califica por el fin a que tiende, y aquella es suprema que tiende a un fin supremo. Por lo cual, supuesto que la misión del hombre no se cumple aquí abajo, sino que más allá de la tumba le aguardan destinos inmortales. Es claro, aun a la simple luz de la razón, que no puede ser asociación suprema sino la asociación que tiende a un fin supremo y perdurable. Para establecer lo contrario es preciso considerar al hombre como salido de la pura materia, y destinado a resolverse en la materia. Sólo entonces podrá el Estado jurar que el fin de la prosperidad temporal, a que se consagra, es el máximo bien del hombre, y que nada sale fuera de su órbita. He aquí porqué no solamente los racionalistas, sino hasta los materialistas, aplauden el sistema del liberalismo absoluto.

Sino que en este sistema, el error fundamental de donde brotan todos los otros, es propiamente la negación de Dios. Por eso los ateos y los panteístas son sus principales promovedores. Eliminando a Dios, o lo que viene a ser lo mismo no distinguiéndolo del mundo, se comprende muy bien que la más alta potencia del universo no sea sino el hombre, y precisamente el hombre desarrollado en muchedumbre y ordenado en sociedad civil. Así constituido el hombre, es ya, según la doctrina del sistema, el último perfeccionamiento a que se llega la materia inerte. El, por consecuencia, será del todo dueño de sí mismo, y dictará para sí y para sus dependientes las normas de la que le plazca llamar bueno o malo, justo o injusto.



Por el contrario, reconocido Dios, Dios solo será, así como el Criador, también el absoluto Señor y legislador del universo. El hombre, la sociedad, el poder, no podrán ser considerados de otro modo que como hechuras de Dios, las cuales, por consiguiente, de él reciben así su fin, como la norma del bien obrar. De donde se sigue que no el Estado, ni la opinión pública, ni las exigencias del progreso, sino los inmutables principios de moralidad y de justicia dictados por Dios y grabados en el alma de su criatura, serán la regla suprema de las acciones humanas, ya en la vida privada, ya en la pública. El Estado comprenderá que es una soberanía subordinada, que ejerce el oficio de ministro de una soberanía superior, y que tiene que regir los pueblos según la voluntad del Señor a quien el mismo está sujeto.

"Oíd, reyes, y entended; aprended, jueces de la tierra. Prestad dóciles oídos, vosotros los que refrenáis las muchedumbres y os complacéis de tener las naciones. Porque la potestad os ha sido dada por el Señor, y la fuerza por el Altísimo, el cual examinará vuestras obras e investigará vuestras intenciones. Por cuanto siendo ministros de su reino no habéis juzgado con rectitud, ni habéis observado la ley de la justicia, ni habéis procedido según la voluntad de Dios. Con horror, y muy pronto, conoceréis que se hará un juicio durísimo con los que mandan. Pues con el débil se usará de misericordia, pero los poderosos poderosamente, serán atormentados." (3)

He aquí la idea que de la potestad nos presentan las divinas Escrituras. Bien distinto de un imperante supremo y fuente primaria del derecho, estas divinas palabras nos muestran en el gobernante no más que un oficial que está encargado de aplicar la ley que recibe, y que cuando de ella se aparta no tiene derecho a la obediencia de los súbditos, sino que, por el contrario, debe sufrir un tremendo castigo de su Señor. Y pues que Dios, libre ordenador, no está ligado a manifestarnos su voluntad por la sola vía natural de la luz de la razón, sino que puede manifestárnosla, y de hecho la ha manifestado también por la vía sobrenatural de la revelación positiva, el Estado está obligado a conformarse igualmente a ésta en la gobernanza de los pueblos, y a buscarla allí precisamente donde Dios la ha colocado. Es así que Dios la ha colocado en su Iglesia. Luego el Estado debe recibir de la Iglesia la suprema norma moral, y por consiguiente debe aceptar esta Iglesia y reconocerla, no tal como a él le plazca considerarla, sino tal como Dios la ha constituido, respetando en ella por entero aquellos derechos y aquellas prerogativas que su divino fundador quiso darla.

Todo esto es evidéntísimo y conforme al rigor de la más estricta lógica para el que admite a Dios, por lo que el liberalismo absoluto no puede negarlo sin fundarse en la negación de Dios; y esto precisamente constituye su condenación más completa a los ojos, no sólo de los católicos, sino de cuantos no hayan todavía perdido del todo el don del entendimiento.

ABSURDO DEL LIBERALISMO MODERADO

El liberalismo moderado no pretende, al menos expresamente, la supremacía del Estado, sino su completa independencia de la Iglesia. No niega el orden sobrenatural, pero precinde de él y lo excluye del ordenamiento político de la sociedad. Sin embargo, aun-

que sea menos horrible, no es por eso menos absurdo que el liberalismo absoluto, pues si aquel se fundaba en el ateísmo, éste se funda en el dualismo; niega la unidad de Dios, bien que no niegue su existencia. Ya fué esto sabiamente notado por el Papa Bencito VIII en su célebre Bula *Unam Sanctam Ecclesiam*, donde reprueba en los defensores de la absoluta autonomía del Estado el suponer que sean dos los supremos Principios del mundo. De aquí que semejante raza de liberales podría convenientemente designarse con el nombre de nuevos maniqueos.

Y ciertamente que si uno es el creador de la Iglesia y otro el creador del Estado, si el hombre recibe de un Principio el ordenamiento a la vida civil, y de otro el ordenamiento a la vida religiosa, nada más natural que el que los dos fines sean diferentes entre sí, y diferentes, en consecuencia, los dos poderes que a ellos conducen. Solamente que, como aún en tal hipótesis, sería idéntico el sujeto sometido a la una y a la otra dirección para evitar el choque de los dos opuestos impulsos que haría imposible el movimiento, podría introducirse un acuerdo, libremente hecho, entre los dos motores, por la vía de recíprocas concesiones; a la manera poco más o menos, como en el maniqueísmo opinaron algunas que había mediado entre el Principio bueno y el Principio malo una especie de tratado con objeto de que los efectos del uno no destruyesen por entero los efectos del otro.

Por el contrario, si uno solo es Principio de todo lo criado como nos enseña la razón y la fe, *Unus est altissimus Creator omnipotens* (4), la doctrina liberal, aunque sea la moderada no puede subsistir. Si Dios es uno, uno es el ordenamiento del universo, uno el fin supremo de la creación. Este fin no puede ser otro que el más sublime en relación al ordenante, y el más benéfico en relación a los ordenados, y éste no puede ser otro sino la glorificación de Dios y la bienaventuranza eterna de las criaturas racionales. Este precisamente es el fin al que nos lleva la Iglesia. La Iglesia, pues, no solamente es una sociedad perfecta (no pudiendo menos de ser perfecta aquella sociedad que guía al más perfecto de los bienes); sino que también es la sociedad suprema entre todas, porque su fin es el supremo.

A dicho fin es preciso que esté subordinado todo otro fin inferior, si es verdad que los bienes secundarios con respecto al bien sumo tiene razón de medios y que los medios están subordinados al fin. De esto se sigue con evidencia incontestable que toda otra sociedad, cualquiera que sea, debe estar subordinada a la Iglesia y de ella recibir norma y dirección. Luego por mucho que se quiera engrandecer al Estado, por más que se exagere su excelencia, no se puede eludir su subordinación a la Iglesia, a menos que no se quiera transformar al Estado en Iglesia y elevar a Pontífice al gobernante político. Pero para hacer esto sería necesario aceptar la abstracción de la heresia anglicana o del mismo ruso, y demostrar que en el Evangelio no a San Pedro, sino a Tiberio, fueron dichas aquellas palabras de Cristo: "Apacienta mis ovejas; te constituyo fundamento de mi Iglesia".

Ni vale recurrir a la diversidad de los órdenes temporal y espiritual. Esta diversidad no puede significar otra cosa para el Estado sino una independencia relativa, pero de ningún modo una independencia absoluta. Ella puede hacer tan sólo que en las cosas de suyo y directamente concernientes al solo bienestar de la vida presente (como la hacienda, el ejército, el comercio, la paz entre los ciudadanos, las relaciones con otros pueblos), el Estado obre *motu proprio* y como poder supremo. Mas en manera alguna puede hacer la sobredicha diversidad, que en las cosas directamente y de suyo tocabas a la piedad, la justicia, las costumbres, no deba el Estado conformarse a las reglas dictadas por la Iglesia, ni que aún en aquellas cosas que hemos dicho antes de ser su mera competencia, no tenga la obligación negativa de no hacer nada que perjudique a la moralidad de los súbditos y al obsequio debido a Dios. Pues a no hacerlo así, es claro que la Iglesia tiene el derecho de corregir y anular cuanto injusto e inmorallymente fuere dispuesto aun en el orden temporal; siendo esto absolutamente necesario para que las dos órdenes se armonicen entre sí al regir un solo e idéntico cuerpo moral, una sola e idéntica sociedad a entre ambos sometida.

Esta dependencia, se dice traería confusión. Este es el fantasma de que se arman los adversarios. Mas para demostrar cuán pueril sea, no es menester largo razonamiento. ¿Se confunde acaso la sociedad doméstica con la civil, porque a pesar de ser autónoma e independiente aquella en su propia esfera, esté, no obstante, subordinada a la última? Y eso que los dos fines son bastante próximos entre sí por estar ambos contenidos en el orden natural. La confusión entre dos

Una librería de formación integral argentina y americana. Sólo obras de valor universal y perenne. De exaltación de la Patria, en su tierra, su historia, su estirpe, su cultura.

Esperamos su visita, su apoyo, su amistad...

Libros de selección - Encuadernaciones de lujo - Galería de Arte

Librerías
Martin FIERRO
CORRIENTES 405

